

[Publicado previamente en: *Jano* 80, 1973, 89, 91-92, 95-96 y 98. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión, sin ilustraciones y con la paginación original].

© José María Blázquez

Una gran tiranía con base social en la Atenas del siglo VI antes de Cristo: Los Pisistrátidas

José María Blázquez Martínez
Catedrático Emérito de Historia Antigua
Universidad Complutense

[89 →]

Los griegos fueron los inventores de la vida política. Ellos acuñaron conceptos como tiranía, oligarquía, democracia y aristocracia, y fueron los primeros que criticaron las diversas formas políticas de gobierno. La tiranía es un fenómeno típicamente griego. En Grecia hubo tiranos en todas las etapas de su historia. En el período arcaico, s. VII-VI a. C., como Trasíbulos en Mileto, Pittacos en Mitilene, Polícrates en Samos, Fidón en Argos, los Cipsélidas en Corinto; en la época clásica, s. V-IV a. C., como Dionisio I en Siracusa y en época helenística, como Demetrios de Faleros en Atenas o Nabis en Esparta. La tiranía griega fue imitada en Roma por Sila y por César en el s. I a. C., pero ya con un carácter distinto. La tiranía griega motivó, en el s. IV a. C., muchos escritos sobre teoría política, debidos a la pluma de Jenofonte, Platón y Aristóteles, todos los cuales fueron enemigos de los tiranos y señalaron los grandes inconvenientes de esta forma de gobierno. La investigación moderna con Nilsson, Bengtson, Berve, Andrewes, Mossé, Mac Laren y P. Oliva, ha tomado a la tiranía griega frecuentemente como tema de trabajo. En general han tendido a fijarse más bien en los aspectos positivos de las tiranías.

Los factores que originaron las tiranías griegas han sido varios. Los progresos técnicos realizados en el Mediterráneo oriental entre los siglos IX y VII a. C. tuvieron importantes repercusiones en la producción, en la vida económica y en la vida militar. La introducción del hierro por los invasores dorios, que derrumbaron la civilización micénica en el s. XII a. C., trajo grandes innovaciones en la técnica agrícola y artesana. A partir del s. VII a. C., en que los griegos, para solucionar el gran problema de falta de tierras creado por el exceso de población se lanzan a la colonización del Mediterrá-

[91 →]

neo, los productos griegos comienzan a invadir este mar. Este desarrollo de la vida económica repercutió en las estructuras tradicionales de la sociedad aristocrática, y modificó profundamente las relaciones sociales. La aristocracia griega, que concentraba en sus manos todo el poder político, militar, religioso y económico, fue incapaz de hacer frente a la nueva situación creada por la colonización, se replegó sobre sí misma, continuó con formas políticas y económicas que no respondían a las necesidades del momento, ni contó con la nueva clase de artesanos y comerciantes, que cada vez era más poderosa y rica. Por otra parte, la técnica militar con la aparición, a principios del s. VII a. C., del armamento de los hoplitas, armados con casco, coraza, escudo redondo, lanza, espada y defensa para las piernas, arrinconaba las viejas formas de lucha típicas de la aristocracia, descritas por Homero en la *Iliada*. Se degradó la situación económica de

los pequeños campesinos, como indica Hesíodo en su obra *Los trabajos y los días*, incapaz de adaptarse a una situación nueva creada por la presencia del artesano y del comercio. La crisis agraria es el primer factor de desequilibrio en el Mundo Griego del s. VII a. C., crisis que padeció también Atenas a finales de este siglo.

Aristóteles en *La Constitución de Atenas* ha descrito bien la catastrófica situación planteada en el Ática; más tarde, escribe, sobrevino la discordia entre los nobles y la multitud durante mucho tiempo. Su constitución era en todo oligarca, y además eran esclavos de los ricos los pobres, ellos mismos y sus hijos y mujeres. Eran llamados clientes y sextarios, pues por una renta de la sexta parte cultivaban las tierras de los ricos. Toda la tierra estaba repartida entre pocos. Si no pagaban las rentas eran embargables ellos y sus hijos. Respondían de los préstamos con sus personas. Era ciertamente lo más duro y amargo para el pueblo, entre los muchos males del régimen, la esclavitud. Hasta aquí Aristóteles. La tiranía griega necesitó, para prosperar, el caldo de cultivo de la crisis agraria o de la crisis debida a la aparición del artesanado y del comercio en las grandes ciudades griegas que intervinieron en la colonización. Esta crisis agraria la solucionó Solón en Atenas hacia el 594 a. C. sin recurrir a la tiranía. A principios del s. VI a. C., como los muchos eran siervos de los pocos, escribe Aristóteles, se levantó en Atenas el pueblo contra los nobles. Como fuera la discordia violenta y durara mucho tiempo la oposición entre unos y otros, escogieron de común acuerdo como árbitro a Solón, que, colocado al frente de los negocios, libertó al pueblo para siempre, con la prohibición de los préstamos sobre las personas, y puso leyes e hizo una cancelación de la deuda privada y pública.

La tiranía en Atenas es de introducción reciente. El fundador de la tiranía, Pisístrato, gobernó con dos grandes interrupciones entre los años 561-528 a. C. Ello se debe posiblemente al hecho de que Atenas no había fundado colonias y no se había desarrollado un fuerte artesanado, ni un gran comercio de exportación. La primera intentona de establecer una tiranía en el Ática, la de Cilón, año 636 a. C. fracasó, seguramente por no estar la situación económica y social lo suficientemente degradada para establecer una tiranía. Sin embargo, Atenas no escapó a la evolución general de las ciudades griegas. A partir de la segunda mitad del s. VII a. C., comienza a exportar vasos áticos, lo que prueba la existencia de un artesanado aún débil. La citada reforma de Solón no fue lo suficientemente profunda como para solucionar de raíz la crisis agraria y los problemas que planteaban por vez primera los artesanos y comerciantes. Aristóteles en *La Constitución de Atenas*, obra fundamental para el período histórico que examinamos, afirma que la aristocracia quedó disconforme por ceder un poco de sus privilegios, y el pueblo creyó que se le daba poco. Pisístrato se hizo muy popular en la guerra contra Mégara, la ciudad del norte del istmo de Corinto, rival de Atenas en la exportación de productos. Los tiranos frecuentemente escalaron el poder desde cargos militares, como los Cipséidas en Corinto o los Ortagóridas en Sición y se apoyaron en los hoplitas, que era gente que se podía pagar su armamento y se sentían marginados por la aristocracia. Luchaban ahora dos facciones en el Ática, con intereses económicos opuestos, la capitaneada por Megacles compuesta por comerciantes, pescadores de la costa y pequeños burgueses de la ciudad, surgidos del desarrollo industrial y comercial, y la dirigida por Licurgo, integrada por la antigua nobleza, cuya riqueza radicaba en las tierras. Los seguidores de Pisístrato, que formaban una tercera facción, eran el campesinado pobre del interior del Ática, al que se unió el proletariado industrial de Atenas. Los tres partidos estaban capitaneados, pues, por nobles. Con frecuencia los tiranos, como Cilón, son miembros

orillados de la nobleza, que para escalar al poder se apoyan en el descontento general de campesinos, artesanos y comerciantes.

Pisístrato dio un primer paso para apoderarse del poder obteniendo de la Asamblea, 561-560 a. C., una guardia personal, compuesta de 300 miembros y armada con porras, bajo pretexto de que había sido atacado y herido por los enemigos, incidente que muy posiblemente fue preparado por el mismo Pisístrato, que debía ocupar una función oficial, que justificaría tal guardia, elegida no entre los aristócratas, armados con lanzas, sino entre el pueblo, a imitación de su contemporáneo el tirano de Sicilia. Pisístrato, como otros tiranos, sube a la tiranía desde una magistratura o desde un cargo militar. Antes de consolidar su poder y poner fin a la lucha que enfrentaban las otras dos facciones, fue arrojado del gobierno por una coalición de estos dos partidos. Pisístrato no había tomado hasta entonces ninguna medida contra las grandes familias aristocráticas, se había contentado con controlar las magistraturas de Atenas y principalmente el arcontado. Inmediatamente después de su caída, Pisístrato volvió a Atenas, para hacerse cargo del poder de nuevo, un año después de su expulsión. La alianza entre el partido de Pisístrato y el de Megacles fue consolidada con el matrimonio de una hija de este último con Pisístrato, pero la ruptura entre los dos partidos no tardó en producirse, pues Megacles abrigaba la esperanza de que el sucesor de Pisístrato, que ya tenía otros hijos, fuera el hijo habido con su hija, y Pisístrato no quería tener otra nueva descendencia y sólo quería tener coito anal con la hija de Megacles. El resultado fue que Pisístrato abandonó de nuevo el gobierno de Atenas, y dejó el Ática en compañía de su familia el año 556 a. C. Este segundo destierro duró 10 años y en ellos Pisístrato echó las bases de su futura tiranía, Aristóteles escribe de esta etapa de la vida de [92 →]

Pisístrato que colonizó en el golfo Termaico un lugar llamado Raikelos, después fue al Pangeo (región famosa por sus minas de oro, y por su riqueza agrícola y de bosques), donde logró reunir gran cantidad de dinero y de soldados. Llegó después a Eretria, ciudad de la isla de Eubea, cercana al Ática e intentó por la fuerza apoderarse del gobierno con la ayuda de mucha gente, principalmente de los tebanos, del tirano Ligdamis de Naxos y de los caballeros que gobernaban Eretria. Obtuvo una victoria junto al templo de Atenea Pellinis, y se apoderó de Atenas, desarmó al pueblo e instauró la tiranía. Pisístrato tomó una serie de medidas importantísimas para la historia de Atenas. Es difícil discernir bien la obra de Pisístrato de las de sus hijos, Hiparco e Hipias; en el año 528 murió su padre, en el 514 a. C. fue asesinado Hiparco y en el año 510 a. C. fue expulsado Hipias de Atenas. Los hijos dieron a la tiranía un carácter más autoritario y más absolutista y no siguieron el ejemplo del padre en el gobierno. Aristóteles afirma del gobierno de Pisístrato que gobernó con moderación y más bien como ciudadano que como tirano, al igual que el fundador de la tiranía de Corinto, Cipselos. Fue respetuoso con las leyes establecidas. Precisamente es una característica de todas las tiranías de la Grecia arcaica, el respeto a las constituciones heredadas, a diferencia de las tiranías de la época clásica o helenística, que cambiaron la constitución. Un cierto número de adversarios, principalmente pertenecientes a la familia aristocrática de los Alcmeónidas, fueron desterrados. Los exiliados aristócratas fueron numerosos en las tiranías y ellos desde el destierro desprestigiaron a los tiranos. Pisístrato, sin embargo, no llevó una política sistemática de hostilidad a las viejas familias aristocráticas. En una lista de arcontes de los años 528-525 a. C. figuran varios aristócratas, lo que indica que Pisístrato, una vez que se consolidó la tiranía, permitió volver a los desterrados. Una prueba de que no se opuso por principio a los intereses de los nobles fue que dejó a Milcíades explotar y colonizar

las ricas tierras del Quersoneso que en el futuro fueron fundamentales para la economía del Ática. No hizo tampoco confiscaciones masivas de tierras para distribuir las entre el campesinado arruinado, que le apoyaba. Su política económica la describe Aristóteles en los siguientes términos: a los pobres les prestaba dinero para sus trabajos, de manera que se pudieran sostener como labradores. Hacía esto por dos motivos: para que no vinieran a la ciudad y se mantuvieran repartidos por el campo y para que disfrutando moderadamente de sus cosas y, ocupados por ellas, no codiciaran ni tuvieran tiempo para ocuparse de las comunes. También resultó que las rentas aumentaban con el cultivo de la tierra, pues cobraba el diezmo de lo que se recogía. Por esto estableció los jueces por demos y él mismo muchas veces salió al campo para vigilar y para conciliar a los que estaban en discordia, con el fin de que no por bajar a la ciudad descuidasen su trabajo. Pisístrato arrancó de raíz las causas que motivaban la crisis agraria y con esto favoreció al artesanado y la industria, creó riqueza, la repartió y echó las bases económicas que, a partir de 510 a. C., hicieron posible el establecimiento de la democracia de Clístenes y acabó con los partidos. Con esta política de favorecer al proletariado campesino se relaciona el embellecimiento de Atenas, con lo que daba trabajo a mucha gente y adquiría gran prestigio la tiranía. Precisamente el hacer grandes obras públicas es una de las características de todas las tiranías, al decir de Platón, Aristóteles y Diodoro, historiador siciliano de la época de Augusto. De época de Pisístrato data el antiguo Partenón, templo consagrado a Atenea, la diosa protectora de Atenas, destruido por los persas en el año 480 a. C.; el Olimpeion, templo consagrado a Zeus Olímpico, terminado en el s. II por el emperador [95 →]

Adriano; el levantamiento del altar consagrado a los Doce dioses sobre el ágora, el altar a Apolo, etc. Dotó a Atenas de una buena traída de agua. Hizo una gran propaganda de la tiranía, atrayendo a Atenas un gran número de escultores, arquitectos, músicos y poetas. Los artistas invitados convirtieron ya a Atenas en el s. VI a. C. en la capilla cultural de Grecia. Las estatuas de jóvenes y muchachos, ex votos consagrados a Atenea, echaron las bases de la gran escultura clásica del siglo siguiente. Llamó a los mejores ceramistas del momento, que produjeron vasos de figuras negras de gran valor artístico, exportados como objetos preciosos a todo el Mediterráneo y principalmente a Etruria (el contenido de estos vasos era el aceite que cosechaban los campesinos). En su tiempo se descubrió la técnica de figuras rojas. Este florecimiento de los talleres de cerámica áticos, dio trabajo a mucha gente, motivó un gran desarrollo del artesanado y comercio ateniense y causaron el hundimiento de los talleres de Corinto, que exportaba perfumes. En esta época hubo en Atenas un gran desarrollo, también, de las fábricas de bronce. Hiparco, que era el elemento intelectual de la tiranía, favoreció en Atenas el desarrollo de la poesía, como lo hicieron también otros tiranos, como Polícrates de Samos, a finales del s. VI a. C., que llamó a la isla a los poetas Ibico de Regio o a Anacreonte de Teos y Hierón, tirano de Siracusa a partir del año 478 a. C., que invitó a su corte a los poetas, Píndaro, Baquílides, Simónides y Esquilo. Llamó a la ciudad a Simónides de Ceos, a Anacreonte de Teos, a Laso de Hermione, que introdujo los certámenes de ditirambos en Atenas, a Pratinas de Fliunte, al que se debe importantes innovaciones en los dramas satíricos, y a Onomácunito, poeta órfico, que presidió la primera edición de los poemas homéricos. Esta política suntuaria se vincula con la política religiosa.

[96 →]

Pisístrato favoreció a dos dioses, a Atenea, la diosa virgen, hija de Zeus, tutelar de la ciudad y a Dionisos, el dios protector de las clases bajas campesinas del norte del Ática. En esta época, Dionisos, de ser un dios popular entre los pequeños agricultores,

se convirtió en uno de los más grandes dioses griegos frecuentemente representados en los vasos de figuras negras, y sus fiestas, que vemos unidas al origen de la tragedia griega, las llamadas Dionisiacas, alcanzaron tanta brillantez como las fiestas de Atenea, la procesión de las grandes Panateneas. El gran desarrollo que alcanzaron ambas fiestas en el s. V y IV a. C. arranca precisamente de época de los Pisistrátidas. Los dioses de Eleusis, localidad situada a 7 Km de Atenas, Kore y Deméter, cuyos cultos gozaron de tanta aceptación en la Grecia posterior, fueron también favorecidos por los Pisistrátidas. Con la veneración de los héroes Codros, Neleus y Bante, los Pisistrátidas continuaban en la línea de la aristocracia. En la política religiosa, como en el plan político, los Pisistrátidas no fueron innovadores, lo que hicieron fue dar gran brillantez a las fiestas religiosas y una fachada suntuosa a la tiranía, y echaron las bases del grandioso edificio que levantarán Clístenes y Pericles, el creador este último de la democracia radical en el siglo siguiente.

Importante fue también la política exterior de los Pisistrátidas. Ellos siguieron una orientación que después iba a madurar bajo Pericles. Se contentaron con mantener las posiciones adquiridas más bien que seguir una verdadera política exterior activa. El período de la tiranía fue un período de paz para Atenas. Mantuvieron buenas relaciones con todas las ciudades del Peloponeso, con Argos, de donde procedía la segunda mujer de Pisístrato, con la liga capitaneada por Esparta, con Corinto y con Mégara, ambas las grandes rivales de Atenas en el comercio, con todas las islas del Egeo y con la vecina región del Helesponto, tan vital para Atenas, de donde importaba cereales, maderas para la construcción naval y metales preciosos que le permitieron acuñar una moneda de plata, de gran prestigio en el Mundo Griego. Apoyó Pisístrato también la tiranía de Ligdamis de Naxos; fue característica de los tiranos griegos, como lo hizo Periandro en Corinto, apoyarse unos tiranos en otros.

Después de la muerte de Pisístrato, Aristóteles asegura que los hijos conservaron el poder y gobernaron de la misma manera. Pisístrato dejó cuatro hijos: dos, Hippias e Hiparco, habidos de su esposa legítima y otros dos, Jofón y Tesalos, de la concubina de Argos. Los dos primeros fueron los que realmente gobernaron, los dos restantes eran muy jóvenes. Aristóteles ha caracterizado bien a los dos primeros. Hippias, escribe, era de natural político y prudente, estaba al frente del poder; Hiparco, en cambio, era irreflexivo, enamorado y aficionado a las artes; fue él quien invitó a Anacreonte, a Simónides y a los demás poetas. Hiparco fue asesinado con ocasión de las grandes fiestas Panateneas por Harmodios y Aristogitón, posiblemente por un asunto de celos entre homosexuales. Aristóteles en *La Constitución de Atenas* habla de una verdadera conjura contra los tiranos. Harmodios, uno de los tiranicidas, fue muerto en el acto y Aristogitón fue sometido a tormento, durante el cual denunció a gran número de conjurados y de amigos de los tiranos. De hecho a los atenienses se les hacía imposible la vida sin libertad política. Al cambiar la estructura social, los Pisistrátidas quitaron la base en el que se apoyaba la tiranía, y ésta, sin cimientos, se vino abajo. Después de la muerte de Hiparco, escribe Aristóteles, la tiranía se hizo mucho más áspera y por vengar a su hermano y por haber matado y desterrado a muchos, a todos se les hizo temible y odiosa. La tiranía en Atenas acabó como en Corinto, endureciéndose, lo que precipitó su caída. No tuvo, al igual que la aristocracia, la habilidad suficiente para evolucionar. Estaba fosilizada y esclerotizada y ya no respondía a los intereses del pueblo ateniense, que había evolucionado en lo económico y social y exigía una evolución política y un acceso y participación en el poder. Los desterrados, entre ellos estaba la importante familia de los Alcmeónidas, maldita por haber participado en el asesinato del primer ti-

rano ateniense Ción, que se había acogido a lugar sagrado de donde fue sacado para ser asesinado, minaban todo lo que podían el prestigio de los tiranos, y lograron atraerse al prestigioso Oráculo de Delfos que incitaba continuamente a Esparta a derrocar la tiranía ática. Esparta, por estar gobernada por una monarquía, era enemiga de todas las tiranías, que había barrido de Grecia los gobiernos aristocráticos. Además se añadía en este caso el hecho de que los Pisistrátidas estaban en buenas relaciones con Argos, la gran rival de Esparta. La intervención del ejército espartano en el Ática obligó a huir a Hipias y a refugiarse en la corte de Darío I, rey de los persas.

La tiranía de los Pisistrátidas, como otras tiranías griegas, la de los Cipsélidas en Corinto y los hermanos Gelón y Hierón y Dionisios I en Siracusa, marcó uno de los momentos de máximo esplendor de Atenas. Como todas estas tiranías fue un régimen transitorio, no elaboró constitución alguna, ocasionó la caída del gobierno aristocrático y nació con ocasión de la grave crisis agrarias, industriales y mercantiles de los s. VII-VI a. C. Las tiranías crearon riquezas pero éstas sirvieron más generalmente a los intereses de los tiranos y de sus amigotes que a los del pueblo. La concentración de todo el poder político en manos de un solo hombre [98 →]

ocasionó seguramente una gran inmoralidad administrativa y corrupción, pues, como aseguró en el siglo pasado Lord Acton el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente.

Jenofonte en su *Hierón*, Platón en la *República* y Aristóteles en la *Política* que conocieron bien las tiranías, hicieron una crítica despiadada de esta forma de gobierno. Platón en el diálogo llamado *Georgias* asegura que la tiranía permite hacer al tirano todo lo que quiera del Estado, matar, desterrar y obrar a su antojo, y en la *República*: el verdadero tirano es un verdadero esclavo, está condenado a una servidumbre extrema, no puede satisfacer sus deseos, carece de muchas cosas y transcurre su vida en un temor continuo. Jenofonte en el *Hierón* coloca en boca del tirano de Siracusa los mismos conceptos que había dicho ya Platón: el tirano no puede desplazarse libremente, se ve rodeado de aduladores y de enemigos, los placeres de que disfruta no le satisfacen plenamente. No tiene verdaderos amigos. Se tiene que rodear de gente armada y sabe que su vida está amenazada continuamente. Aristóteles en su *Política* señala las características de las tiranías: supresión de la libertad, realización de grandes obras públicas, política belicista en el exterior, apoyo a los elementos más revoltosos. Aristóteles se apoya para estas afirmaciones en casos bien concretos; algunos no son aplicables a los Pisistrátidas. El tirano confunde el interés del Estado y el suyo propio. Las grandes obras públicas y la política cultural tienen por finalidad eternizar su memoria y tener ocupados a los ciudadanos. Pisístrato, Polícrates, Dionisio I y Cleárjos de Heraclea ilustran bien las afirmaciones de Aristóteles, que insiste en que la salida de las tiranías son revueltas y sediciones y en que nunca crearon regímenes estables, ni constituciones duraderas. Las tiranías fueron sólo un eslabón en la evolución de la ciudad griega.